

MANILA ALEGRE

DIRECTOR: P. GROIZARD

DON LUIS R. DE ELIZALDE

Aquí tienes, lector, á nuestro Alcalde
el señor Elizalde
persona activa, de quien siempre escucho
que vale mucho... mucho!



Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO:

GRABADOS: D. LUIS R. DE ELIZALDE, por J. Arístegui;—Un cuento, por Manéngoy, ilustrado por Villar; Anuncios de Moda, por Villar.

TEXTO: MANILILLA, por Manolé;—TJERETADAS, por César;—UN PESO, por J. Arístegui;—UNA ESCAPATORIA, por Nemo;—UN CORTO DE GENIO, por Ese;—POT-POURRI;—ANUNCIOS.

MANILILLA

No pueden ustedes figurarse el miedo que estoy pasando. Cuando recorro, con la vista, las gacetillas de los periódicos locales, empiezo a temblar como un azogado.

Solo leo noticias de báguos próximos ó futuros, y de robos y asesinatos «consumidos».

Me horripilan sueltecillos como los siguientes:

«Está «desfogando» un temporal al Sur de Luzón, «con probables vientos, rayos y truenos».

«Ayer un individuo amenazó con pasar «por ojo» á toda su familia».

«El otro día un «bata», se fugó de la casa «paterna» de sus amos, llevándose cuantas alhajas y metálico pudo encontrar».

Y los tulisanos nada respetan, pues lo mismo desbalijan un correo, ó atacan un «barco» mercante, que asaltan al vecino más pacífico é «inofensivo» por sus pesetas.

La afición á lo ajeno va tomando alarmantes proporciones.

Lo cual es inverosímil que se consienta en un país culto y civilizado, ó por lo menos que gobiernan hombres que lo son.

Al paso que vamos, la noche menos iluminada dejan á un ciudadano en traje de Adán antes del pecado, en las «barbas» de la mismísima guardia veterana.

Y es notable que los «caballeros» consigan siempre burlar el celo de los vigilantes.

Como el víctima no consiga tomarse la justicia por sus propios puños, ya puede esperar sentadito á que «se copen» los culpables.

Se esconden tan bien, que no se les vuelve á ver «el pelo» aunque se pongan en su persecución los más finos sabuesos de la policía.

Y eso que éstos señores, emplean á veces recursos supremos para lograrlo.

Entre otros que han sometido á ensayo, figura la caza por medio de «reclamo».

En éste caso, el «cebo» ó el «queso» suele ser la futura ó prometida del fugado.

Con lo cual invariablemente se consigue que nadie se dé por aludido.

Porque... ¡cualquiera acude al «olorcillo» de unas faldas, habiendo «soltado» prenda ó palabra de casamiento!..

¡Ni que estuviéramos en los tiempos de Julieta y Romeo!

Yo creo que los «prometidos ó deseados» debieran buscarse también en los baches.

Que abundan demasiado en las calzadas y calles de Manila, y es fácil que, si en la fuga han tropezado con alguno allí se hayan «caído».

Por más que en los años «de gracia» que corremos nadie «se cae» tan á lo tonto.

Como no sean los habitantes del garbanzal; es decir, los caballeros de los «campanarios lívidos».

Esos suelen caerse de un nido con bastante frecuencia, Y á fuerza de «caídas» saldrán con el cuerpo «magullado» y blandito como un merengue.

«Aunque tengan ¡vive Dios!

además de su derecho

corazón, arrojo y pecho

para luchar con los dos!

Los tales versitos, como ustedes ven, son de un género bastante «cursi», pero resultan más pasados de moda todavía puestos en boca del «leguminoso caballero andante».

Nosotros hasta ahora no hemos visto que le asista otro derecho que el del «pataleo».

Y éste desde luego se le otorgamos para que pueda defenderse.

¡Pues qué! ¿No hemos de sentir algo de lástima por el víctima de nuestra anterior paliza y, consentirle, por ende, al infeliz algunos desahoguillos de inocente impotencia?

¿Pues no se ha empeñado el pobrecillo en que le demos mucha importancia diciéndole... ¡lo que le decíamos en nuestro último número?

Ese hombre debe ser muy corto de vista ó de otra cosa.

Porque si nó, se le hubiera ocurrido lo que á todo el mundo.

Y como el público ha juzgado ya, no continúo «dándole importancia».

Tanto más cuanto que, no poseemos espacio suficiente para manejar á placer la «cardenalicia» estaca que el mismo nos concede.

Y molestariamos á nuestros lectores con los interminables dimes y diretes de una discusión que, en éste terreno, no puede dar más de sí que hacer que el contrincante se llene de bilis y pierda los estribos...

Ya sabrán ustedes que en la noche del día 10 se verificó la primera «corrida» en la gallera científico-artístico-literaria.

Y que por fin quedó aprobado el reglamento por el que la misma ha de regirse, y nombrada la junta directiva.

Allí pasamos unas horitas, y entre algún discursito como el de Peñaranda, nos saltaron varias «tabarras» oratorias.

Una de ellas produjo sobre mi espíritu el efecto de un narcótico.

¡Y me quedé dormido como un bienaventurado... «soñando» que habría circulo!..

Cuando desperté de aquel sueño reparador eran las 2 de la mañana.

Hora en que tomaba posesión de la mesa presidencial el señor Tournelle, que lo es de la sección de literatura.

¡Por muchos años, señor don César!

Y que todos tengamos salud para verle en ese sitio.

Y pesetas suficientes... para pagar la cuota mensual que á juicio de la mayoría es un «tántico» alzada.

Tenemos entendido que el Sr. Barrantes ha aceptado el cargo que le confirió la sociedad.

¡Dios ponga tiento en sus manos, D. Vicente, porque si nó el circulo fracasa, apesar de la buena voluntad de todos los congregados!

Éste rumor lo hemos recogido en algunos «centros» de esos que se forman al aire libre, con entrada libre también.

Corrillos íntimos que tienen gran aceptación en Filipinas.

Porque en ellos cualquiera pasa por eminencia.

¡Aunque sea un habitante del garbanzal!

Cubero ve cada noche más animado el salón de su teatro.

Y apesar de que del bello sexo bien puede decirse que brilla por su ausencia, la concurrencia masculina resulta numerosa.

Dicen que las familias temen mucho al relente.

Pero yo creo que lo que temen son los precios de las localidades.

En la última semana, hemos tenido dos funciones.

El jueves se presentaron allí por primera vez las «concertistas» austro-húngaras.

Los artistas hispano-filipinos también tomaron parte en los «ejercicios».

Fué una fiesta internacional poco lucida.

Y de la que no surgió ningún «conflicto».

El domingo nos «soltaron» «La gallina ciega».

La señora Raguer hizo un Serafin que ni bajado del cielo.

Y la señorita Fernandez aprovechó la ocasión para lucir su hermosa mata de cabellos.

Poco á poco esa niña nos va enseñando muchas cosas...

¡Me parece!

MANOLÉ.

TIJERETADAS

Nuestra sociedad vive en un carnaval perpétuo.

Los «tapa-rostros» que antes se usaron durante todos los meses del año, y que después quedaron relegados para el domingo de quincuagésima y tres días siguientes, se desprecian en la actualidad por inútiles.

Ya no es preciso esperar las fiestas de carnestolendas para que se den «bromas pesaditas» ó se corran «bromazos» por el estilo.

Hoy cualquier mortal por «simple» que sea, tiene el derecho de tomar á turno diario el pelo á sus semejantes, siempre que éstos sean tan bonachones que se dejen crecer los «apéndices pilosos» ó consientan «bromitas» de esa especie.

Es un «toreo por lo fino» desconocido por nuestros antepasados y que ahora se admite como moneda corriente entre la jente de buen tono.

Merced á él, no hay autoridad respetada ni respetable, virtud que no tenga «puntos suspensivos», ni muchacha sobre cuya honra no haya caído algún manchón.

La libertad todo lo invade; el pensamiento y la conversación inclusivos.

Y pues somos libres, tenemos el derecho de pensar y decir lo que bien nos parezca, aunque de ello resulte el prójimo estrellado contra una esquina.

—¿Usted creerá que D. Fulanito,—representante de tal sociedad—cumple y acata como es debido los reglamentos y leyes del Estado?

—Hombre, yo no creo en nada, soy «muy ateo».

—Pues no Señor: porque los artículos de la ley los han convertido algunos en «artículos de comer».

—¡Jesús, qué estómagos!... ¡digieren letras de molde!

—Lo que digieren son monedas de cinco duros y billetes del banco Español-filipino.

—Y dígame usted, amigo: ¿como podría proporcionarme unos «hors d'œuvres» tan apetitosos?

—Siendo gobernadorcillo ó autoridad competente.

—Entonces mañana mismo pido mi pase á la veterana

Yo nunca tomo en serio conversaciones de ésta «mena», pero hay quien se cree á «piés juntillas» todo lo que se murmura.

—¿Han visto ustedes cuán esbelta y lijerita ha retornado Encarnación de los baños?

—Sí, sí, es cierto; y está un poco más pálida y ojerosa.

—Efectos del mar y del mareo.....

—Pues dicen que se casa con un jóven guapo y rico.

—Figúrese usted, es «accionista» del banco de Londres, del Crédito Moviliario, de varias casas de empeños etc. etc.

—¿Y de cara, qué tal?

—Bizco y con un grano en la nariz: «una facha»

—Sin embargo, ella hace buena boda,—esclamaron á coro los contertulios que componían el corrillo donde se comentaban «los baños» de Encarnación.

Yo me quedé pensando, cómo una chica que «lleva dote», puede hacer excelente boda, casándose con un tahir lleno de trampas, y feo por añadidura.

Después de decir para mí capote:—¡Aquí hay gato encerrado!—«me llevé» la mano á la frente de un amigo, y exclamé:

—¡Qué mundo, hombre, qué mundo!

No sé cómo hay personas que viven tranquilas en medio de una sociedad en que tanto se «recorta» y critica.

El uso de la tijera va generalizándose de un modo inconcebible.

Hoy el mozo más barbilampiño «corta» tan bien como el mejor sastre.

Y la colegiala más inocente «hace patronos» que pueden competir con los salidos de los almacenes de Worth, «el ilustre» y afamado «modisto» que tiene su trono en la capital de la república francesa, desde donde envía á todo el orbe los caprichos de su fantástica y fecunda imaginación.

«La tijera» se enseñorea del mundo y lo mismo la maneja el opulento millonario, que el humilde empleadillo de quinientas pesetas con descuento.

Igualmente clava su acerada punta en el hombre eminentísimo, que en el insignificante ciudadano.

Lo mismo empaña la más acrisolada virtud, que rellena las columnas de un periódico escaso de originales.

Bajo éste último punto de vista, es un auxiliar poderoso de la prensa,

Y bajo otros, presta algunos servicios importantes.

Porque repicotea y reduce á fragmentillos las «eminentencias de papel.»

Porque corta las alas de los que, siendo murciélagos literarios, quieren pasar por ruiseñores del Parnaso.

Sin embargo, no soy partidario de «las tijeretadas y recortes».

Causan muchas lágrimas y pocas alegrías.

Y están algo espuestas á «las caricias» del Censor.

CÉSAR.

UN BESO

Mestiza más linda
no he visto en el mundo;
su cutis es nieve;
sus piés diminutos;
sus ojos, muy vivos,
de un negro profundo;
sus labios de grana;
sus dientes ebúrneos;
¡preciosa en detalle!
¡divina en conjunto!

Le amé con delirio,
le amé como un bruto;
(y ustedes dispensen
arranque tan brusco)
pintéla mis ansias
con tonos tan fúlgidos,

que, al fin, mi pintura
su pecho sedujo,
Cedió: nos amamos,
y en dulce arrechuecho
pedíle una cita,
que ella diome al punto.

Llegué presuroso
de amor al impulso:
tendiome los brazos,
y sus labios puso
¡ay! junto á los míos....
y ardientes y húmedos
besaban con rabia....
y... ¡cielos, qué susto!
¡estaban sus labios
llenitos de *bugyol*!

J. ARISTEGUI.

UNA ESCAPATORIA

CUENTO... CELESTIAL

Eran tan vivarachos, tan traviesos y tan graciosos que, aún esponiéndose á decir una heregía, daban ganas de exclamar, al verlos:

—¡Los demonios son éstos ángeles!...

Allá, muy arriba, muy arriba, en las celestiales regiones, había algunos angelitos, capaces de revolver la mismísima mansión de Diós.

Mil veces el Santo Padre había tenido que reprenderlos.

Ellos jugaban con la lanza de San Jorge, convertían en sombreros de generales, ó pajaritas, las hojas de los sagrados libros, se tiraban los bonetes de los doctores á la cabeza y hacían otra porción de angelicales diabluras por éste estilo.

Pero con quien pasaban mucho tiempo, haciéndole perder la paciencia, era con el venerable San Pedro, el anciano portero de la gloria, cuya calva, reluciente como marfil bruñido, constituía el principal objeto de las infantiles carcajadas,—sonoras y alegres como arpegios de ruiseñores, ó como lluvia de brillantes, rebotando sobre copas de oro...

Eran aquellos angelitos: mariposas por las alas, brillantes como la superficie de un río tranquilo iluminado por la luna de los trópicos; niños por el encanto de sus inocentes sonrisas, por la redondez de sus mejillas, por la graciosa ligereza de sus movimientos, por la alegría de su semblante, y diablillos por su espíritu revoltoso y enredador y por su afán de esconderse de los ojos de su Señor para hacer las más deliciosas de las travesuras y las más inocentes de las maldades.

II

Hallábase, en una ocasión, el bueno de San Pedro en su portería, esperando á que algún alma llamase á las divinas puertas del cielo, cuando cinco de esos angelitos llegaron hasta él, corriendo y brincando como cervatillos del bosque.

—¿Qué hay, Maestro?—preguntó uno, sentándose familiarmente sobre las rodillas del viejo y tirándole de las barbas.

—Nada de particular.... Ya véis que hace tiempo que estas puertas permanecen cerradas... ¡Malo debe andar el



Camino de su pueblo vá un soldado,
reciente licenciado,
picaresco el mirar, el rostro astuto,
faja y pantalón rojos y amarilla
la prieta chaquetilla,
que cruza la ancha cinta del canuto.
Marcha cantando alegre, cuando en esto,



haciendo extraño gesto,
se lleva las dos manos á la faja;
mira á su alrededor unos instantes



y allí poco
unas matas al ver, las baja.



Trás razonable rato... crece... crece...



y entero reaparece,
dice:—"ahí quedas"—y gana su sendero;



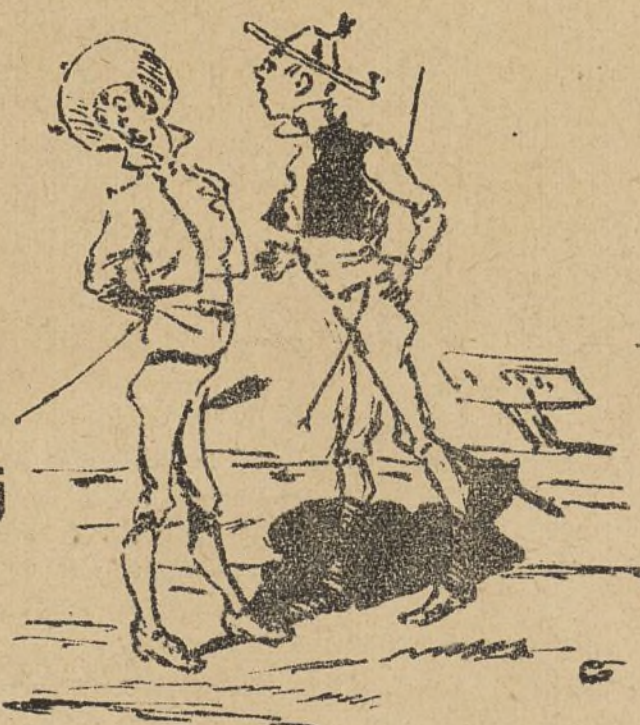
vé la faja arrastrando premura
la arrolla á su



los labriegos, en tanto que avanzaban,
de esta manera hablaban,
echándolas los dos de perros viejos.



El soldado seguía su camino
y ufano el campesino,
con la intención mas negra que la mora,
le preguntó al pasar:—¿Cuanto echaremos
de aquí hasta que lleguemos?...
Y respondió el soldado:—Media hora.



Aquí fué el pasmo, el arrugar la frente
aquella pobre gente;
—¿Qué nos querrá decir?...
—Ese... es mal bichol...
—Nada, ¡y sin cavilar!...
—Aquí hay misterio!
—dijo el listo muy sério—

—Has visto á aquel soldado?
—Ya le he visto.
—Probemos si es tan listo
como dicen de todos...
—¿Qué me alegro!
mas... ¿qué hacer?...
—Para ver como despunta
haréle una pregunta
y ántes de contestar le verás negro.

—Vale que lo es



Cual si se lo tragara sima oscura,
se achica su estatura
cuando llega detrás de la maleza:



tanto que si mirasen, del camino
desde el borde vecino,
solo pudieran verle la cabeza.



y prosigue su marcha... más ligero.



cuando aparecen, y se fija en ellos,
dos rústicos de aquellos
tan pobres, tan honrados... y tan brutos.



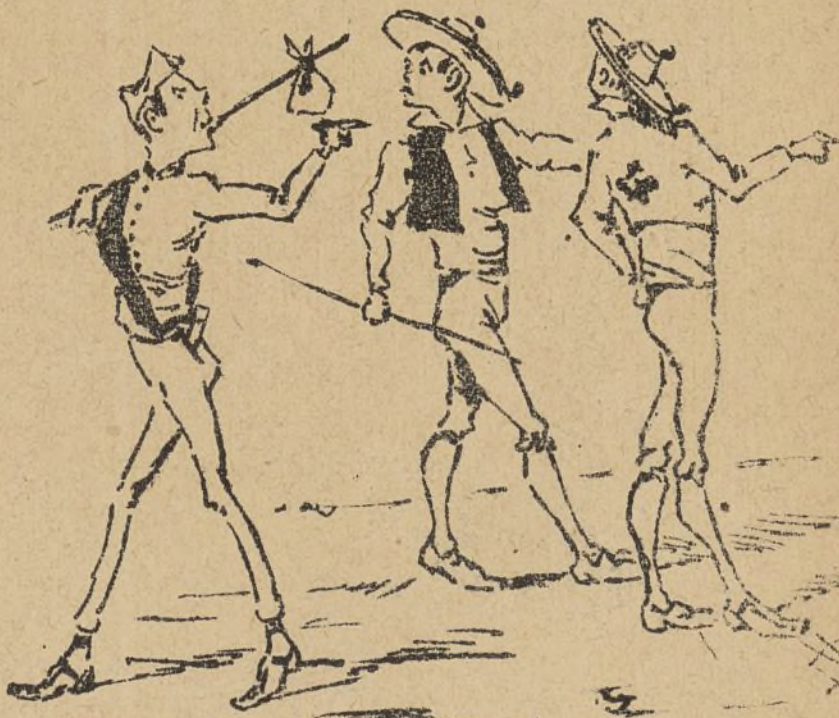
Tambien los dos descubren al soldado
que á paso redoblado
hácia ellos marcha, y viéndole de lejos

Dés que la operación fué terminada
y siguió su jornada,
pasarían muy bien treinta minutos...



Los baturros alcanzan al soldado
y aquel más avisado

le dice:—Melitar; ¿média hora indica
sin saber donde vamos?... No distingo
de intringulis ni gringo,
pero hay en su respuesta algo que pical—



Y responde el soldado...—Pues es esto
he dado por supuesto
donde se pueden ir; alif á la vera,
la dejé, del camino, y hace ahora
justa la média hora
que detrás de unas matas les espera —

MANÉNGOY

—¿Vas que lo espliche?
—Ya está dicho!

—¿Y qué es el mundo?

—¡Oh, el mundo!... El mundo es dónde habitan los hombres.—Figuraos un inmenso hormiguero, dónde las hormigas están en continua batalla y se matan unas á otras y...

—Pero ¿tan malo és?

—No, no es que sea tanto. Como obra de Diós no puede ser malo. Allí hay pintadas y aromosas flores,—que son las estrellas de la tierra—ríos de transparencia cristalina y de frescas aguas, bosques de inmarcesible verdura, pájaros de alas de oro y de cantos llenos de melodías.

—Oh!—interrumpió un angelillo.—¡Aquello debe ser precioso!...

—Y en medio de tanta hermosura y lozanía... el hombre... ¡el animal más terrible de la tierra!—Yo he sido hombre y puedo hablar por experiencia.

—¡Si pudiéramos ver el mundo!—dijo un ángel.

—¡Si usted fuese tan amable, buen viejo, que nos abriese un poquitito la puerta para ver aquello!—insinuó otro...

—¡Fuera de aquí, insolentes! ¿Cómo se entiende?—Gritó San Pedro que veía en aquellos niños un deseo irrealizable, cuyo cumplimiento conculcaría, las ordenanzas de su misión porteril.

—¿Con que no nos deja usted bajar á la tierra?—preguntó uno de ellos colocándose á una respetable distancia del expescador,—temeroso, sin duda, de que le contestase con algo más que con palabras.

—¡Déjenos usted!—añadieron otros.

—¡Ande usted! ¡Un momento nada más!

Y si el Santo portero no hubiese tomado una resolución enérgica no habría aún terminado la escena.

Pero propinando á éste un persuasivo tirón de orejas, al otro un capón de los más estimulantes, al de más allá un convincente puntapié, y al de más lejos un grito, de los menos frecuentes en el cielo, puso en dispersión á los angelillos que se alejaron como una bandada de pájaros á la vista del cazador.

III

Pero no se fueron muy lejos.

Buscaron un sitio cerca de la portería donde esconderse, y allí esperaron á que el justo y pasajero enojo del más calvo de los apóstoles se aplacara.

San Pedro se olvidó bien pronto de lo sucedido y después de arreglar algunas cosas que la precipitada fuga de los angelitos dejó desordenadas se sentó á descansar.

Y poco después dormía como quien era: como un santo.

IV

Durante ese tiempo los traviesos angelitos, se acercaron en puntillas á la portería, vieron al encargado de ella durmiendo y decididos á dar una vueltecita por el mundo, le sacaron con mucha suavidad las llaves de la puerta y franqueada ésta batieron sus alas de rosa y armiño y atravesaron los espacios hasta llegar á la tierra.

Todos pensaban volver antes que San Pedro se despertara, con el objeto de que no conociese la fechoría que estaban haciendo, cuya gravedad bien se les alcanzaba.

Y los ángeles volando, volando, llegaron al mundo.

Y como las palomas se posan en las ramas de los árboles, ellos se posaron sobre una de las calles de Manila y se desparramaron por la Ciudad.

V

El tiempo que en ella estuviesen no podemos precisar-lo. Pero si afirmáremos que fué más que suficiente para que San Pedro durmiese una buena siestecilla, se despertase, echara de menos sus llaves y notase la trastada de aquellos niños celestiales.

El furor que se apoderó del Santo al comprender el engaño de que había sido víctima, no hay para que pintarlo.

—¿A mí engañarme esos mocosos? ¿Dármela de primo? ¡Con mis años!... ¡Con mis canas!... ¡Ah, cuando vuelvan!

Miró en torno suyo y apercibiendo una estaca en un rincón de la portería, la tomó en sus manos, y con ella y sus ganas de hacer un escarmiento, fuese detrás de la entreabierta puerta decidido á armarse de paciencia y á esperar á los revoltosos.

Pero pasaba tiempo y tiempo y éstos no venían.

Y á cada momento, el portero, acariciando la estaca prometía hacer el escarmiento mayor...

VI

Dios que, como de todo cuanto acontece dentro y fuera del cielo, se había enterado de la escapatoria de los ángeles, llamó á San Pedro y le dijo:

—Cuando vengan esos tunantes, tráelos de una oreja á Mi presencia.

Pero los ángeles no llegaban y á San Pedro se le iban arrugando las cejas é hinchando las narices...

VII

Ya trascurridas algunas horas, llegaron los ángeles al cielo.

¡Pero cómo venían!

Se fueron acercando á la puerta despacito y en puntillas, creyendo que aún dormiría el encargado de vigilarla, pero apenas traspusieron los umbrales, el Santo les cojió de una oreja y fué con ellos ante el escelso trono de Diós.

San Pedro hizo observar que faltaba uno.

—¿Donde has estado tú, buena pieza?—preguntaron al primero.

—Señor,—contestó con la mayor humildad,—como mis compañeros, en Manila.

He admirado la espléndida vejetación de aquellas islas, que parecen hermosas esmeraldas desparramadas sobre mares de topacio; me he enterado de lo que es la cuestión de los chinos tan decantada, y del origen de la crisis tan temida... En Manila no hay un cuarto y...

—Basta ¡Al cuarto oscuro!...

Y tú ¿que has visto, perillán?

—Yo, Señor, había oído hablar tanto,—respondió el preguntado—de las famosas obras del Puerto de Manila, que tuve grandes deseos de verlas.....

—Cuéntame lo que son esas obras.

—El cuento de nunca acabar, Señor.

—Sin postrel.. Y tú ¿qué es lo que has hecho?

—He visto, Señor, una mestiza de irreprochable hermosura... Sus ojos son más negros que la noche sin luna, tiene su cara más gracia que....

—¿Y no has observado más?

—Sí, Señor; que todas son bonitas como soles y....

—¡Sin merienda!..

—¿Y que has hecho tú que vienes tan estropeado y lleno de fango?

He tenido, Señor, el atrevimiento de andar á pié por las calles de la ciudad y como están de un modo.....

—¡Ni una palabra más! ¡Sin comer! ¿Y el que falta?

—Allí viene, precisamente, Señor.

Y tú ¿por qué te has retrasado tanto? ¿Cuál puede ser la causa de tu rezago, galopín?

—Señor, me he entretenido, hasta olvidarme de todo, leyendo el MANILA ALEGRE y viendo sus dibujos.

—A ver, Pedro: que dén un premio á este chico... ¡Ésto es lo que se llama ser un muchacho de gusto!

NEMO.

UN CORTO DE GENIO...

Hace media hora que está asomada á la ventana Juana, y muy cerca de Juana su simpática mamá, de modo que la persona que mire desde la calle lo más que verá es el talle de aquella chica tan mona, pero por mucho que vea no logrará descubrir, por su bien, (debo añadir) á la madre, que es muy fea.

—¡Mamá, que me canso ya y nada conseguiré!

—Ten paciencia niña, que te lo dice tu mamá.

—¿Sigue el muchacho?

—Sí, tal

—¿Te ha visto?

—Sí.

—¿Te hace el oso?

—Sí... ¡pero es tan temeroso!..

—Di, mejor, que es muy formal.

—¿Qué está haciendo?

—Mil sandeces

y pasear sin cesar. Mamá, le he visto pasar lo menos quinientas veces!...

—¿Sabes tu su nombre?

—Eugenio

Martinez: tal es su gracia;

pero tiene la desgracia

de ser muy corto de genio.

Nunca se atreve á mirar

y si le miro... ¡se asusta!

—Pero á ti, Juana, ¿te gusta?

—Mamá... ¡no me ha de gustar!...

—Pues, niña, mucho cuidado;

cuando mire, mírale.

—Ahora le he mirado!

—¿Y qué?

—¡Que se ha puesto colorado!

—¡Qué tonto!

—¡Qué cortedad!

—¡No he visto lance mejor!

—¡Qué pretendiente!

—Señor...

si es una calamidad!

Si mira otra vez, avisa,

—Bueno, ¿y qué haré?

—Ya verás

—¡Pues ya miral...
—Ahí de la más graciosa de tus sonrisas!
—Ya me he sonreído y solamente conseguí con esto...
—¿Nada?
—No, mamá; se ha puesto rojo como una amapola!
—(Ese muchacho está mal; le falta algo, no es dudoso)
—¡Qué joven más temeroso!
—(¡Qué chico más animal!)
—Juana, por Dios, de mirarle no dejes!
—Pierde cuidado
—Ya que al joven le has gustado es necesario atraparle.
—(Ya de mirarle estoy harta)
—Juana!...
—¿Qué?
—¿Quiéres probar esto?... Si vuelve á mirar...
—¿Qué haré?
—Mostrarle esta carta.
Es de tu cuñado y el muchacho no notará de quien es, y se verá si le impresiona el papel.
—Mamá, vá á pensar Eugenio que yó...
—¡Pensar ese atún!
¡Y qué vas á hacer con un chico tan corto de genio!... ¡No seas meticulosa; toma...
—Ya se la he mostrado!...
—¿Y qué?
—Pues que se ha quedado mamá... como si tal cosa!
Por Dios te ruego que acabes!... No se parece á fé mía á aquel novio que tenía y hacía lo que tu sabes...
—¡Buen tunante!
—No le alabo.
¡Bien sé que no lo mereces!... pero mamá ¿te parece que no es mejor que este pavo?
—¡Ten paciencia!
—¿Más?
—Te pido paciencia, que ya caerá.
(Este muchacho será un excelente marido!)
—Si otra vez vuelve á mirarte...
—Pero dí... ¿por qué te empeñas?
—Si vuelve á mirar haz señas de que suba á visitarte.
—Pero mamá, ¡por favor! ¿qué van á decirnos cuando sepan...?
—¡Haz lo que te mando!
—(¡Qué dirán de nuestro honor!)
Ya ha mirado y le hice ya las señas que has indicado.
—¡Y viene?...
—No... Ha contestado que no se atreve, mamá.
—¿Qué cernícalo!
—Ya pasa de tonto.
—Lo mismo digo!
(No paro si no consigo que ese melón suba á casa).
Juana, si vuelve á pasar otra vez por esta acera tira una cosa cualquiera.
El la coje y sin tardar le has de tener á tu lado para traer lo que arrojes á la calle... y tú cuidado.
—Bien, así lo haré, mamá.
Ya viene...
—Pues tírale cualquiera cosa...
—¿Pero qué tiro?...
—¡Algo tuyo!
¡Allá vá!
—¿Viene á rocojerlo?
—Sí
—¡Ya lo cogió!
—¡Lo cogió!
—¿Y viene á la casa?
—No.
—Es tan corto que...
—¡Ay de mí!
—¿Qué pasa?
—¡Suerte cruel!
¡Que le he tirado el bolsillo del dinero, y ese pillo... ¡ha echado á correr con él!
ESE.

POT-POURRI

Tenemos la honra de contar entre nuestros compañeros, á un distinguido poeta, muy conocido y celebrado en Manila.
Hasta ahora la mayoría de la jente le ha aplaudido como escritor castizo y como cultivador del género más severo en poética. Las felices dotes que demuestra para el humorismo, conquistarán, si cultiva éste género de poesía, grandes aplausos á la persona que oculta su nombre con el pseudónimo de Manéngoy.

Nuestros lectores están, pues, de enhorabuena.
Y el MANILA ALEGRE también.

* *

No pueden ustedes quejarse.

Arístegui ha hecho un dibujo, de esos que no se ven en otro periódico... que no sea el nuestro,

Elizalde, el simpático D. Luís Ricardo, aparece sobre un pedestal donde hay unos nombres que recuerdan las mejores obras del alcalde de primera elección, y el comercio de la Escolta vá á ofrecerle las insignias de la encomienda que se ganó en el último incendio de aquella calle.

Señor don Luís ¡continúe trabajando!

¿Que el camino está sembrado de asperezas?

Ya lo sabemos; pero no importa.

Por esas asperezas se camina de la inmortalidad al alto asiento.

* *

Se anuncia para el miércoles una función en el Filipino por la compañía de Barbero á beneficio de este viejo actor.

Nos alegraremos que haya un lleno.

Y que el empresario no sea afeitado!...

* *

Ha quebrado un chino.

Dejando un pasivo, según dicen, de 84.000 duros.

Y el juzgado ha cerrado seis tiendas.

¿Nada más?...
Ahora se verán los libros...
¡...!

* *

Deseamos larga vida y muchas suscripciones al nuevo colega festivo ilustrado *El Temblor*, que vé la luz en Manila.
Y poco lápiz rojo.

* *

Imp. de Sta. Cruz, Carriedo, 20

ANUNCIOS

MANILA ALEGRE

ESMANARIO FESTIVO ILUSTRADO

que se publica, si lo permite el Censor, los días 1, 8, 16 y 24 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN:—En Manila, un mes: medio peso; en provincias, un trimestre: peso y medio.—Pago adelantado.

OFICINAS:—CARRIEDO, 2.

PRECIOS CORRIENTES DE LOS TABACOS Y CIGARRILLOS ELABORADOS POR
“LA EXPORTADORA” FÁBRICA DE TABACOS, ESTABLECIDA DESDE 1.º DE ENERO DE 1883

Agencia—Anloague—n.º 27—Manila.

Menas ó Vitolas Cubanas.	PESO por millar.	Envases.	PRECIO por millar.			PESO por millar.	Envases.	PRECIO por millar.	
			Pesos.	Cént.				Pesos.	Cént.
Imperiales	25	50	25	..	Nuevo Habano capa recta	18	500	10	..
Alfonsos.	19	50	20	18	250	10	25
Regios.	19	50	20	18	100	10	70
Regalia Filipina	19	50	20	18	50	11	20
Regalia Británica	19	50	20	18	50	12	50
Caballeros.	19	50	20	..	Nuevo Cortado capa recta	18	500	10	..
Vegueros.	19	50	20	18	250	10	25
Brevas.	18	50	18	18	125	10	50
Orientales.	18	50	18	18	50	11	20
Insulares.	16	100	13	18	50	12	50
Cazadores.	15	100	12	50	18	50	13	50
Conchitas flor.	15	100	12	50	18	50
Carolinás.	15	100	12	50	18	50
Cagayanes.	15	100	12	50	18	50
Londres.	13	100	12	..	1.a Habano	19/20	250
Cubanos.	12	100	11	..	2.a .. .	10/1	500	3	..
Entreactos.	8	100	8	50	3.a .. .	8/1	500
Nvo. Hab.º estilo Cubano.	16	100	12	50	1.a Cortado.	19/20	250	13	50
Id. id. id. id.	14	100	12	..	2.a .. .	10/11	500	8	..
					3.a .. .	8/1	500	7	..

PICADURA.

Calidad superior en paquetes de 1 libra 37 1/2
Id. corrientes en id. de 1 id. 25

CIGARRILLOS.

De picadura en HEBRA y ENGOMADOS calida Superior, en paquetes de 30 cigarrillos á 8 cuartos paquete ó sea por el 100 de paquetes.

PUESTOS DE ESPENDIO.

INTRAMUROS. { Almacén El Globo Calle de Palacio
Calle Real núm. 29
Escolta núm. 32 Almacén, Sastrería y Camicería de A. Reyes.
Calle Nueva núm. 14 Almacén Villa de Jochin
Tabaquería de la plaza del Vivac
Almacén Luzon id. del id.
San Fernando Sucursal de la Castellana
BINONDO. { Biverita, Almacén de bebidas
Murallon, Pricipe núm. 4 Almacén “Las Mercedes”
Anloague núm. 27.

STA. CRUZ. Tabaquería contigua al Convento.

QUIAPO. Carriedo, núm. 19.

SAMPALOC. Real, (Alix) núm. 23.

PACO ó SAN FERNANDO DE { Real Almacén frente á la Iglesia.

DILAO.

ANUNCIOS DE MODA



Ya pueden llevar á LA VILLA DE PARÍS treinta chinos con pingas, que yo les aseguro que ninguno saldrá con ella vacía.



Es preciso que prueben VV. los cigarrillos de LA EXPORTADORA, ¡Pero absolutamente preciso!



Recomiendo á los aficionados que compren los instrumentos en LA PUERTA DEL SOL.
¡Los hay de todas clases y para todos los gustos!



Pertierra es el único fotógrafo que tiene máquinas que no se rompen delante de mamarrachos de esta mena.



LOS CATALANES

—Y diga V.: ese traje ¿es caro?
—No, señor, es de baño y muy bueno.



Les participo á Vdes. que acaban de desempacar en la PERFUMERIA DE GRUPPE:

ESENCIA CARYOLOPSIS, POLVOS DE KANANGA, JABON LACTEINE, POLVOS DE VELOUTINA y un sin fin de cosas y objetos que tanto se esperaban en Manila.

Real, 13, Manila.



Tengo dos barómetros. Uno marca buen tiempo y el otro *báguio*... ¿A que no se equivoca el que compré á Valdezco, arreglado por el P. Faura?
¿A que nó?



EL ARNÉS FÁBRICA DE MONTURAS

DE
C. JIMENO
Calle de Carriedo núm 17.



He aquí un tonto que está sufriendo porque quiere. Con ir á casa de ARÉVALO y encargarse una dentadura postiza, terminaría de padecer. Pero antes tenía que quitarse los dientes de burro.



Es muy CHICHIRICO y hace viento sólo...
¡Qué buen abanico es el de ANTÍPOLO!

Agencia Editorial, 2.